



LEVÁNTATE, NO TENGAS MIEDO

**Historia del milagro para la
canonización de
san Juan Pablo II**

por Florybeth Mora Díaz

 **TEODRAMA**
EDITORIAL

Prólogo

Era el año 2014. cursaba mi segundo año de seminario cuando me interesé por la historia de Florybeth. Un sacerdote amigo, el padre Carmelo Pellegrino¹, quien para ese momento hacía en el Vaticano de “Abogado del diablo”², me comentó que el Dicasterio para la Doctrina de la Fe se había encargado de asignar rigurosos especialistas en la ciencia médica para intentar descalificar este milagro; y, sin embargo, los médicos no lo pudieron hacer.

Visité a Florybeth, le conté que había estudiado artes dramáticas y que cuando supe sobre su testimonio, sentí que era una historia que debía ser contada a través del arte. En ese entonces pensé en una producción audiovisual. Me asombraba el hecho de que dentro de tantos miles de historias milagrosas adjudicadas alrededor del mundo a la intercesión de san Juan Pablo II, haya sido escogida una de nuestro país Costa Rica.

Es de admirar cómo Florybeth había tenido que vencer el miedo a ser incomprendida para poder compartir el acontecimiento que había vivido. Como en una espiral, inició por su esposo, continuó con su familia, lo mostró a la Iglesia y ahora lo expandía a la sociedad. Por ello, muy pronto empezó a ser criticada, pues como en su testimonio expresa: para algunos seguía siendo «la loca del tercer piso»; para otros, alguien que buscaba sus «15 minutos de fama» o dinero. Recuerdo que para entonces una periodista muy reconocida a nivel nacional quiso

¹ Presidente de los teólogos que estudiaron el segundo milagro de Juan Pablo II.

² Término que se utiliza para llamar comúnmente al Promotor de la fe: sacerdote encargado después de los estudios médicos de realizar una rigurosa investigación teológica de un milagro.

entrevistarla, sin embargo, le aconsejaron no atenderla porque seguramente buscaría destruirla con sus preguntas. La respuesta de Florybeth me impresionó: «Si mi historia fuera mentira debería tener miedo, pero es una verdad; yo estaba enferma, para la ciencia no tenía posibilidad de sanar, iba a morir y, sin embargo, estoy sana para gloria de Dios».

A pesar de una convicción tan grande como la de ella, yo no me sentí preparado. También debo confesar que tuve miedo cuando me dijo que, si me metía en esto, al igual que a ella, me criticarían.

Nueve años más tarde, en octubre del 2023, nos reencontramos en una celebración de san Juan Pablo II. Florybeth me comentó que desde hace tiempo tenía su testimonio en la computadora sin poderlo publicar y me pidió que le ayudara a hacerlo; sentí como si el papa Juan Pablo II me diera una segunda oportunidad al permitirme ser el editor de este proyecto.

Esta historia que usted tiene en sus manos no solamente es el drama de esas dos mujeres arrodilladas con las que termina este libro: es el nuestro y es el drama de Dios. Él quiere también realizar en nuestra vida el mayor milagro que en ellas realizó: levantarnos en medio de la tormenta, para que, a pesar del miedo, experimentemos su paz.

Pbro. Luis Esteban Fernández Vargas

CAPÍTULO 1

Florybeth

Decidí entonces aprovechar
el silencio de las madrugadas
para estudiar.

Nací el 19 de junio de 1963, mismo año y mes en que murió el papa san Juan XXIII. Soy la octava de diez hijos. Nací en un barrio llamado Cristo Rey, ubicado en el sur de San José, la capital de Costa Rica.

Mi padre fue José Joaquín, zapatero de oficio, costarricense. Mi madre, Valeria Antonia, de profesión costurera, llegó a este país en el año 1948 desde su natal Nicaragua, lugar al que nunca regresó. A los 68 años de su venida obtuvo la cédula costarricense, con casi 96 años. Ambos contaron únicamente con los estudios del segundo grado de escuela, pero con una inteligencia admirable.

Lucharon incansablemente por sacar adelante a sus diez hijos: ocho mujeres y dos hombres. Recuerdo a mi papá ponerme a leer una hora el periódico mientras él trabajaba. Le gustaba que leyéramos de corrido. Nos esforzábamos por hacerlo, pues si tartamudeábamos teníamos que volver a leerlo todo. Mami me enseñó a dibujar; ella dibujaba precioso. La recuerdo también enseñándome a dividir en mi tiempo de escuela; ella era muy buena para las matemáticas.

Desde pequeños nos inculcaron la piedad y el respeto al asistir a la misa los domingos: las mujeres nos poníamos velo y todos usábamos el mejor vestido que teníamos. Tuvimos una infancia bastante limitada pero feliz.

Desde niños colaborábamos con nuestros padres, ya fuera ayudando a pegar botones a camisas de escuela o colegio que mami hacía para sus clientes de costura o a hacer ruedos a las faldas. Nos gustaba la época de Navidad porque había mucho trabajo y si había mucho trabajo se podía comprar un poco más de comida. En época de votaciones electorales, mami hacía montones de banderas para los partidos políticos del momento. También cooperábamos con mi padre cuando él tenía que hacer grandes entregas de zapatos. Con ese dinero comprábamos los útiles del colegio y ahorrábamos para ir a las fiestas de Zapote a fin de año.

Cursé mi etapa de colegio en el Liceo del Sur, en donde me gradué de bachiller. No pude entrar a la universidad porque mis padres no tenían los recursos económicos para enviarnos a estudiar.

Tiempo después conocí al que sería mi esposo, trabajando en seguridad pública para el Poder Judicial. Después de una relación de noviazgo de muy corto tiempo, nos casamos. Tuvimos la bendición de tener dos niñas y tres niños; uno de nuestros hijos ya goza de la gloria de Dios.

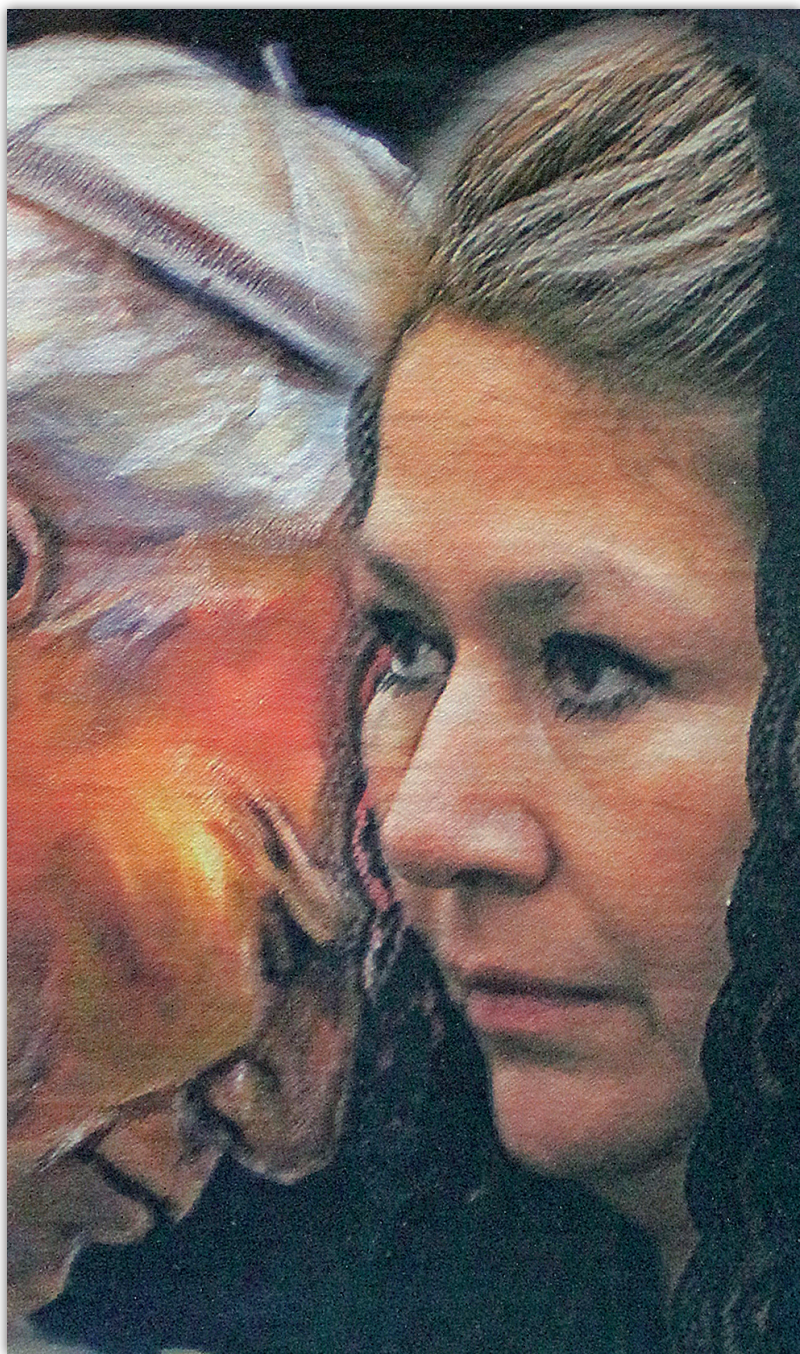
Dejé de trabajar para dedicarme a criar a mis niños. Hubo momentos muy difíciles. Cuando mis hijos fueron creciendo, vi la oportunidad de continuar mis estudios. Decidí entrar a la universidad con 46 años a estudiar la carrera de Derecho; siempre quise hacerlo. Recuerdo las palabras de mi hijo menor:

—Mami, ¿hay gente tan vieja como usted estudiando?

—Por supuesto, y hasta más viejillos que yo —riendo le contesté.

Ingresé con mucha ilusión a la universidad; estudiaba con empeño. La mayor parte de mis compañeros eran mucho más jóvenes: algunos recién salían del colegio, otros laborando al igual que yo. Dividía el tiempo entre las labores domésticas, el trabajo, los estudios y la familia.

A veces, mientras estudiaba los nietos corrían y gritaban, entonces ahí se acababa mi concentración. Asumí todo esto como parte de la vida, por lo que en muchas ocasiones me quedaba compartiendo mi tiempo con ellos. Decidí entonces aprovechar el silencio de las madrugadas para estudiar. Dormía poco, pero veía el fruto de mi sacrificio reflejado en mis calificaciones de la universidad. Viví así durante año y medio hasta que sucedió el impacto.



Edyta Kościelniak, 2014, *Sanada milagrosamente*.